

Los niños de la inmortalidad. El duelo y su desmentida

Eduardo S. Sullivan *

Resumen

La inscripción de la muerte en la estructura es la condición de surgimiento del sujeto del deseo. Desde la antigüedad hasta nuestros días, las variaciones de lo que rodea a la muerte y el duelo impacta de manera diferente en las subjetividades. En la modernidad se le dispensa al niño un lugar de privilegio para hacer usufructo de él como respuesta a lo real de la muerte. El trabajo enuncia algunas reflexiones sobre el duelo no elaborado en la madre y las consecuencias sobre la constitución subjetiva del niño, estableciendo una relación cercana, entre la función materna como perversión normal y el duelo patológico ligado al fetichismo como alternativa a la castración. La clínica con niños pequeños que presentan dificultades en su constitución subjetiva, nos ha mostrado que en su historia genealógica vienen a ofrecerse como sustituto para sostener la subjetividad materna frente a un duelo no satisfecho.

Palabras clave: Infancia - Muerte - Subjetivación - Duelo patológico - Desmentida - Clínica Psicoanalítica de niños

Children of Immortality. Mourning and its denial

Abstract

The inscription of death in the structure is the condition of the emergence of the subject of desire. From ancient times to the present, the variations around death and mourning impact in different ways in the subjectivity of men. In the Modern Age, the child is given a place of privilege to be used as an answer to the real of death. This work enunciates some reflections about mother's non elaborated mourning and its consequences in the subjective constitution of the child, establishing a close relationship between the motherly function, as normal perversion and the pathological mourning bound to fetishism as an alternative to castration. Clinical work with little children with difficulties in their subjective constitution has shown us that, in their genealogical stories, they offer themselves as substitutes to support the motherly subjectivity in front of a non satisfied mourning.

Key words: Childhood - Death - Subjectivism - Pathological - Mourning - Denial - Psychoanalytical clinic of children

Cuando me miraba, sin duda no era a mí a quien veía, sino a mis espaldas, en el infinito de un cielo imaginado para siempre jamás marcado por la muerte, a otro, aquel otro Louis del que yo llevaba el nombre, pero yo no era aquel muerto en el cielo de Verdún [...] yo desaparecía para mí en aquella mirada que me sobrevolaba para reunirme en la lejanía de la muerte, con un rostro de un Louis que no era yo, que nunca sería yo (Althusser, 1992, p. 76)

Introducción

La clínica psicoanalítica va en busca de las marcas de la escritura significativa y sus consecuencias. Se introduce así, una subversión respecto del concepto de sujeto rescatando el valor fundamental que el discurso le imprime al acontecer estructurante del psiquismo. Como sabemos, el Otro nos habita incluso antes de nuestra llegada al mundo para donarnos las huellas fundacionales por la acción de la palabra "Niño", hace referencia a un tiempo de estructuración en la constitución del sujeto deseante. Este significativo remite a diferentes sentidos según sea el orden del

discurso que lo admite como objeto de estudio. El discurso de nuestra época, signado por un plus de goce en el orden de la promesa de que nada hará falta, da cuenta de las dificultades para la subjetivación de los duelos. Este escenario caracterizado por la elisión de la inscripción de las pérdidas no deja por fuera a los niños. El deslizamiento que como significativo han sufrido a lo largo de la historia de la humanidad, los conmina a poseer en la actualidad un alto valor fetichístico. Se torna imposible separar a la infancia de la representación que los adultos tenemos de ella (Mannoni, 1967/1997).

El duelo enfrenta al sujeto con la pregunta que abre

* Facultad de Psicología - Universidad Nacional de Mar del Plata. Funes 3280. Mar del Plata. Argentina. E-mail: sullivan@mdp.edu.ar

la caída del objeto que oficiaba en causa. Como consecuencia de ello, lo imaginario y lo simbólico se desordenan, perdiéndose el registro de la castración que ubica al doliente al desamparo de la estructura: la privación frente a la muerte. El agujero que se yergue delante de él no logra ser recubierto por la palabra, ya que el lenguaje nos vuelve incapaces de poseer un significante apropiado para nombrarla. Según plantea Lacan en el Seminario N^o X *La angustia* (1962), estamos de duelo por aquel que era el soporte de nuestra castración. Una vez ocurrida la desaparición, el Sujeto permanece sin causa, desamarrado de los lazos libidinales que lo ceñían al objeto. Decimos entonces, que la falla en la operatoria de hacer de la pérdida una falta que reclame al Sujeto a retomar el orden del deseo, nos coloca frente a una lectura patológica del duelo que, cuando no ha sido elaborado, encuentra maneras diversas de poner freno al proceso de desinvestidura y sujetamiento que introduce la privación. El destino de esta labor impedida es el de elevar la pérdida al estatuto de falta para que el duelo pueda ser subjetivado.

El trabajo que nos convoca a realizar esta exploración radica en una particular manera por la cual el duelo no encuentra modo de ser satisfecho en la madre. Como consecuencia de ello, un niño queda emparentado con el lugar de la falta en lo real. Encontramos en este punto una cercanía en lo que atañe al abordaje del Sujeto por venir y los avatares que el duelo le imprime a los diferentes momentos de elaboración de la relación del Sujeto y el Otro. Si no hay sustitución de goce en cada uno de esos hitos instituyentes, la escrituración se detiene, el fantasma se rigidiza, la univocidad frena la sustitución.

El campo en donde se producen las preguntas que guían este trabajo permite acercarnos a la relación entre pérdida y duelo no satisfecho, interrogando el lugar que ocuparía el niño respecto al deseo materno y las consecuencias que podrían devenir de esta circunstancia. Planteamos entonces, una continuidad lógica entre genealogía, función materna, duelo patológico y constitución subjetiva.

Desarrollo

La función materna y la "perversión normal"

En el Seminario N^o IX *La identificación* (1958), Lacan comenta la visita que realizó al Museo Saint Germain en Laye, cuya experiencia lo sumió en una profunda conmoción al encontrar entre los huesos de los primeros homínidos, las trazas de los albores de la escritura. Algunos de los restos contaban con una marca realizada con ocre, que por la acción del fuego se convertía en color rojo, y demarcaba que ese sujeto fue el centro de un rito funerario, dando cuenta de una operación de la cultura que significaba el reconocimiento de la muerte de un ser de su especie. De modo que estas modalidades ancestrales de darle culto a los muertos datan desde el inicio de lo que podemos llamar humanidad, en tanto que existía una operación de escritura que señalaba una falta.

De este modo, podemos entender de qué manera la

muerte, es decir lo simbólico, ingresa en la estructura del parietre, como una manera de dar cuenta de la eficacia de la palabra hablada, que a modo de traza escribe e inscribe la muerte como acto fundacional del ser humano (Amigo, 2003). La muerte ingresa como condición de vida para el niño, entendiendo que este opera en falta para el goce de la madre, siendo así deudora de la eficacia del padre que opera en ella. Hablamos del padre mítico muerto que instala la deuda en la madre, cuya operatoria permitirá su paso al hijo vía la identificación primaria solo a condición de que haya una pérdida primordial del goce materno para que devenga el Deseo de la madre. Como resultado se prevé una doble mortificación: por un lado, la pérdida de ese goce primordial como condición de la identificación al padre (muerto), y por otro, la del soma por acción del significante. El Deseo de la Madre es una cuestión vital para hacer lugar a un niño en el orden simbólico, dejando marcas en el sujeto por venir (Amigo, 2003).

Freud (1923/2000, 1924/2000) había conceptualizado la existencia del deseo por la madre que denominó incesto. Dinámica central del Complejo de Edipo en donde se configura al niño como el actor de una escena que busca gozar de la madre. Como consecuencia de ello, deviene la prohibición paterna que reordenaría esa intención infantil sancionando tanto a la madre como al niño, a los fines de interdicar y reubicar los goces por fuera de esa dupla madre-hijo, que vendría así triangulada.

Lacan en el Seminario N^o IV *La relación de objeto* (1958/2002) da un salto en relación a la postura freudiana ubicando al Deseo de la madre en primer lugar como efecto de la percepción por parte del niño de la castración materna. Si a ella le falta, puede ser que lo desee a él como objeto. Es decir, que el Deseo de la madre posibilitaría el Deseo por la madre, por parte del niño. Como sabemos el resultado de la operatoria del padre edípico para la niña es el anhelo de recibir un niño suyo, ante la desilusión que le produce la madre negándole tal objeto. De esta forma, la niña recibe un significante "hijo" como respuesta al enigma real -la privación del pene- que le otorga uno de los destinos posibles: el de madre. Esta significantización del agujero real sutura la nada con una ecuación: niño = falo (Domb, 1995).

Por otra parte, el goce femenino no tiene respuesta ni objeto, ya que va dirigido a la falta del Otro. La maternidad opera del lado todo, inscripta en la dialéctica fálica como Deseo de la madre de un falo simbolizado al cual devendrá el niño, a condición de perder ese lugar por la interdicción paterna. Ese niño como falo materno se constituye en un cuerpo narcisizado, que desea el deseo materno. Este tiempo de constitución en el Otro simbólico tiene por eje tanto la construcción del cuerpo y de la imagen, como así también, los recortes pulsionales del objeto (anal, oral, fálico, invocante y mirada). Es capital entender que en estos momentos no hay complementariedad de deseos, ya que el encuentro nunca es cerrado ni simultáneo.

La maternidad es la respuesta ante el vacío que denota la inexistencia de la relación sexual, y ese vacío se transmite entre la madre y el hijo. Ya que una cosa es el vacío que causa el deseo, y otra cosa es el niño como

producto. Siempre hay un resto real que el hijo no va a recubrir. Hay una discontinuidad entre el producto y la causa: es decir, el hijo no va a obtener el deseo de una mujer. Transitamos los tiempos del Deseo de la madre en tanto respuesta para recubrir al goce femenino, y como tal es nominante. Es un tiempo anterior al símbolo y al síntoma entendido como respuestas de parte del niño, no habiendo operado aún la metáfora paterna (Domb, 1995).

El anhelo de la niña es contar con aquello que le ha sido negado, primero por su madre y luego por su padre. La promesa de que lo recibirá de otro hombre (pene=hijo), la coloca en los carriles de la maternidad, una de las soluciones al enigma que comporta la salida del Edipo femenino que, según Freud (1925/2000), no está acabado del todo. Esta solución solo es posible mientras dure el embarazo y la crianza, pero como tal debe dar paso a la metáfora infantil que deje lugar a la operatoria del padre real. La madre debe renunciar al falo ecuacionado en el niño y evitará "tragarlo", suspendiendo su afán de completud ante la condición especial en que la maternidad la coloca, es decir, al acceso al goce en lo real del objeto.

La tarea de "maternar" supone alejar su condición como exclusivamente biológica, colocándola en el centro del dominio de un goce perverso que instala al niño, por estructura, como un objeto de goce del Otro. La madre se encuentra ante la condición especial de demandar un imposible: que se colme con un objeto su falta.

A propósito de esa "locura" nos dice Marie-Madelaine Chatel:

Es imposible darse una razón de un hijo, esto no tiene límites. Hay una locura del parto. Durante el acontecimiento de una maternidad cada una busca domesticar esa locura. Superada por su hijo, aquella que es su madre sin saber lo que quiere decir "madre", sin pronunciar incluso la palabra, atraviesa estados extraños, turbadores, a menudo secretamente reservados para la confidencia. Irremediablemente jugados en ese lazo desbordado de incesto con el niño, reaccionamos según nuestra limitada visión Chatel, 1993, p. 45).

A esta altura nos es dable entender que mujer y madre son destinos disjuntos. Es decir, que la madre responde a la lógica de la castración, en tanto su deseo está signado por la falta fálica y configura una de las respuestas al enigma que lo sustenta. En cambio la feminidad no responde solamente a esa lógica sino que va más allá de la castración. De allí la discontinuidad entre una y otra.

El problema crucial a concebir en la clínica de niños es poder determinar en qué tiempos lógicos de la constitución del sujeto se encuentran, y además qué lugar ocupan en la trama entre deseo y goce. Opinamos que en las circunstancias en la que el goce femenino no encuentra otra causa y se vuelca al hijo, produce estragos; en cambio, si la mujer encuentra otra respuesta a ese enigma y deviene causa del deseo de un hombre, el

niño quedará ligado al Nombre-del-Padre y, por lo tanto a la perè-version, liberándolo de ese goce incestuoso.

Duelo, objeto de amor y sustitución

En el tiempo donde la libido se retira del objeto, para desinvertirlo, queda al descubierto la vacuidad de lo que en realidad estaba recubriendo. Freud en *Duelo y Melancolía* (1915/2003) nos menciona que la primera reacción del Yo es la identificación al objeto: "seguir su destino". Queda conmovido tanto el marco imaginario del fantasma, como el sostén que propiciaba el i(a) como imagen narcisista, hasta que la metonimia se relance nuevamente y el deseo siga su causa (Lacan, 1962).

La carga que posee el objeto como extensión de lo propio, produce también una sobreinversión y como tal reviste -al decir de Nasio (1998)- un proceso de "desamor". Se trata de la desatadura, pero al mismo tiempo de la resistencia a perder la ligazón que nos ciñe al lugar que ese otro ocupaba. El brillo del objeto que recubría la falta ofrece un nivel de incognita que no permite develar del todo el enigma que esconde. No sabemos en profundidad por qué ese era el objeto de nuestra elección. Nos confrontamos con lo engañoso del objeto, con las máscaras que lo recubren para poder determinar qué fue para nosotros y lo que nosotros representábamos para él.

Como dijimos, este proceso tiene un tope. Aquí se plantea uno de los problemas de la versión freudiana de 1915 en cuanto a su enunciado sobre la posibilidad de la sustitución como final del trabajo de duelo. Allouch (1998/2006) no duda en criticar esta acepción denominándola como "perversamente orientada": el Yo estaría pronto a tomar un sustituto al final del camino. Esta crítica, desconoce que el mismo Freud posteriormente, ante la pérdida de su hija y nieto, habla de "dolorosa incurabilidad". El Ersatz freudiano va más allá de la sustitución llana. Se trata del objeto que vela el objeto, siendo fuente de transacción, de desfiguración, muy lejos del reemplazo (Kury, 2011). Esto si hablamos de duelo normal. En los casos de la patología del duelo, el sustituto es posible vía el fetiche.

La tramitación de un duelo es realizable en el marco de la estructura del padre operando como testimonio de su asesinato y muerte. Esta dimensión simbólica del objeto de amor, hace que la ley que demarca lo prohibido, inaugure también el impulso a su trasgresión. La nostalgia amorosa por recuperar el objeto perdido inicial habla de la falla estructural por querer reemplazarlo y de su dolorosa imposibilidad.

Ahora bien, pero ¿qué cosas acontecen para el destino de un niño si está demandado a suturar una falta en lo real? ¿Qué condiciones instituyentes se ven comprometidas si el anhelo de traspasar el límite con el que nos enfrenta la muerte, toma como epicentro al niño?

Función materna, duelo patológico y fetichismo

Estamos suponiendo una relación cercana entre la función materna como perversión normal, y el duelo patológico ligado al fetichismo como alternativa a la

castración, es decir una operación renegatoria que no permite aceptar la desaparición del objeto amado.

Si como planteáramos anteriormente la maternidad es una condición perversa normal a lo imposible, esto de demandar un objeto que colme la falta, en estas circunstancias el niño viene a dar una respuesta, en lugar de que el Otro enfrente el enigma que comporta atravesar un trabajo de duelo.

Desde la antigüedad, los niños son convocados a ocupar diferentes lugares en correspondencia con el discurso de la época. En la actualidad la fetichización del objeto "niño" habla de los excesos que los colocan en los cánones del goce. En algunas situaciones puede ofrecer la posibilidad de que el agujero que abre lo real de la muerte pueda ser suturado, en las condiciones donde un duelo no ha sido satisfecho.

Allouch trabaja en *Erótica del duelo en los tiempos de la muerte seca (1998/2006)* la condición de fetiche que supone el trabajo psíquico con el objeto desaparecido. Afirma que en la primera versión freudiana se sostiene la presunción de que al final del duelo el Yo puede sustituir un objeto por otro. Por eso dice que esa es una versión perversamente orientada, en el sentido de que cabría la posibilidad de hallar un objeto que sustituya la falta. Por otra parte, afirma que el trabajo psíquico de desasimiento libidinal es a cuenta de colocar en el lugar del fetiche, a una parte del desaparecido, como rasgo que se extrae del mismo.

La *Verleugnung* aparece de manera diversa en la obra freudiana haciendo mención hacia finales de la misma a la *Spaltung* del sujeto, así en exclusividad del origen de la perversión como lo plantea en *Fetichismo* (Freud, 1927/2000). Este mecanismo en el niño permite velar la falta de falo en la madre. En el adulto opera por medio del fetiche como subsidiario de la veladura de la incompletud del Otro. En ambos casos genera un apartamiento de un trozo de la realidad cuando esta resulta intolerable para el Yo. Octave Mannoni (1977) escribía el texto *Ya lo sé, pero aún así...* dando cuenta de esta modalidad de respuesta ante la pérdida por la que el sujeto admite, pero a la vez rechaza, la falta de objeto en el Otro.

En evidencia, el fenómeno renegatorio permite el armado de una respuesta del sujeto en primera instancia ante la pérdida del objeto amado, como condición de la prueba de realidad suspendida (Bauab, 2001).

Hablar de objeto fetiche, justamente, es otorgarle un estatuto perenne ocupando el lugar donde la falta tendría que habitar. Las fallas debidas a esta operación de separación del objeto desaparecido se deben, en cierta medida, a la dificultad para poder tolerar la permanencia del vacío que la privación imprime al fantasma -por un cierto tiempo- hasta que la escena sobre la escena se reordena.

Nuestra clínica con niños pequeños que presentan dificultades en su constitución subjetiva, nos ha mostrado que en su historia genealógica vienen a ofrecerse como sustituto para sostener la subjetividad materna frente a un duelo no satisfecho. Se pierde así la posibilidad de movilidad que supone la alternancia del deseo, pasando a ser entonces el reaseguro de un plus de goce signado por una fijeza que lo constriñe a

permanecer cautivo en esa particular posición. Creemos que la estructura en el niño no encuentra modo de desarrollo, sino más bien se enquistá, teniendo como resultado un alto costo para la posibilidad del armado del cuerpo pulsional y del Yo.

Las tareas de separación y asujetamiento del objeto se ofrecen con una alternancia acompasada mientras dure el duelo, que consiste en una labor de bordeado de la falta para transitar la segunda muerte, es decir la pérdida del estatuto que ese objeto oficiaba para el deudo o lo que es igual, lo que era en presencia del mismo. Si el niño viene al lugar de ese "proceso" que se reniega -es decir reconocimiento de la pérdida y desmentida- porque el doliente no está dispuesto a ceder la "libra de carne" que supone la renuncia incondicional al lazo pulsional con ese objeto erótico, aquel quedará ligado a ser el semblante que revive con su sola presencia lo no inscripto (Lacan, 1962). Pero al mismo tiempo, reviste un alto valor erótico para la madre ya que como tal, remite a una fetichización muy difícil de negociar con una ley externa que reordene ese proceso en las coordenadas de la castración fálica.

La fijeza de la posición fetichística conmina al niño a un lugar de captura en el fantasma materno porque allí se ancla la inoperancia de la sustitución significativa permaneciendo enmudecida en una repetición gozosa, de siempre lo mismo. La clínica nos muestra que el niño no logra enunciar palabras en nombre propio y los tiempos de construcción de la imagen y del juego no son conquistas realizadas. Al decir de Flesler (2007) no es lo mismo la repetición simbólica que la real, ya que la primera ofrece la posibilidad de hallar la diferencia en la insistencia, y por ende la susceptibilidad de ser abordado por la palabra. En cambio en la segunda, toca la persistencia inalterable de lo mismo.

Este escenario puede ilustrarse a partir de lo observado en algunas situaciones clínicas. Cuando la falta real petrifica la mirada materna, se produce lo que reza el dicho popular "ojos que no ven, corazón que no siente", ya que se invalida la posibilidad de enlazar la mirada al lazo amoroso del primer objeto, que es escrita y sostiene la imagen del infans. La madre desvía la mirada hacia el muerto y el niño no puede reflejarse en sus ojos, por lo que puede verse conmovido este tiempo en donde es necesario ser algo valorado y apetecible para mirar, transfiriendo ese sentimiento en una fría desazón ya que el objeto no reviste el brillo agalmático necesario. Porque falló la construcción del objeto mirada en los tiempos de la constitución narcisística, estos niños carecen o cuentan fallidamente con el entramado imaginario que permita su ascensión jubilosa.

Conclusiones

Partiendo de la acepción lacaniana (Lacan, 1969/2001) del padecimiento infantil que ocupa dos posiciones diferenciadas, se nos hace necesario plantear una distinción entre el niño en el lugar del equivalente fálico ($a = -$) por un lado, y por otro, a partir de la tesis freudiana de la ecuación simbólica, el niño en el lugar del fetiche ($a = +$). En el primero el infante está en la causa de deseo, y en el segundo es un tapón a la

castración de la madre. Como tales, son momentos diferentes del (a) (Hartmann, 1992/2009). Si bien ningún niño puede quedar ajeno a la captura fantasmática materna, no entraña las mismas particularidades quedar ligado como objeto a su falta -dentro del campo de la regulación de la ley- que alcanzar un valor particular para su subjetividad. Como tal, el niño es un objeto que impide el acceso a la verdad de la madre por medio de la palabra. Hemos visto ya que la posición en donde el niño colma a la madre desencadena angustia en ella debido a que ocupa todo su deseo y, como sabemos, existe una lógica del "no toda" a la que la mujer es empujada. Si la madre no desea como mujer, devendrá en complicaciones tanto para ella como para el niño.

Sostenemos la tesis en donde el niño queda incorporado a una escena que "vela" la falta real, porque no ha habido duelo en el lugar del Otro. Es una respuesta frente a la privación de la estructura, es decir, a la irremediable inconsistencia del Otro. Esta creencia de que el objeto murió pero vive en el niño, opera como un mecanismo inconciente que permite la chance de la renegación a desasujetarse, ya que de este modo la inmortalidad del fallecido se torna en el reaseguro de la posibilidad de zanjar la castración. El duelo materno se patologiza debido a la carencia de un espacio simbólico

para el rearmado de una escena que excluya al niño de ser "ese" objeto que camufla al muerto, tan altamente erotizado. El Otro simbólico, desfalleciente, no encuentra las condiciones para albergar la pregunta por el malestar que se suscita. Distinguimos a esta como una de las secuencias posibles del duelo patológico en la madre que ubica al niño como objeto, no permitiendo, por lo tanto, la metaforización de la pérdida.

Sin embargo, la demostración de esa creencia en la inmortalidad mediante el sacrificio del niño en ocasiones puede ser conmovida, cuando las condiciones de restitución del Otro simbólico se hacen posibles mediante la acción analítica y se logra restar lo real del goce allí enquistado. El rearmado de una escena que opere de corte a lo que se repite en lo real, puede albergar la posibilidad de que se inicie la repetición simbólica y con ello, la medida de la significación fálica. La inhibición, el síntoma o la angustia en el niño encontrarán de este modo cabida en una nueva operatoria. No obstante, siempre hay un costo subjetivo a cuenta de su estructuración.

En el duelo no tramitado vía el fetiche, hay un saber sobre el goce donde el niño queda conminado a ir más allá del límite que ofrece lo indecible de la muerte.

Referencias

- Allouch, J. (1998/2006). *Erótica del duelo en los tiempos de la muerte seca*. Buenos Aires: El cuenco de Plata.
- Althusser, L. (1992). *El porvenir es largo*. Barcelona: Destino.
- Amigo, S. (2003). *Paradojas clínicas de la vida y la muerte*. Argentina: Homo Sapiens.
- Bauab, A. (2001). *Los tiempos del duelo*. Buenos Aires: Homo Sapiens.
- Chatel, M. (1993). *A falta de estrago, una locura de la publicación*. *Revista Litoral*, 17, 45-83.
- Domb, B. (1995). *Más allá del falo... Deseo de la madre*. Buenos Aires: Lugar editorial.
- Flester, A. (2007b) *El niño en análisis y el lugar de los padres*. Bs As: Paidós.
- Freud, S. (1915/2003). *Duelo y Melancolía*. En *Obras Completas, XIV*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1923/2000). *La organización genital infantil*. En *Obras Completas, XIX*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1924/2000). *El sepultamiento del complejo de Edipo*. En *Obras Completas, XX*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1925/2000). *Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos*. En *Obras Completas, XIX*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1927/2000). *Fetichismo*. En *Obras Completas, XXI*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Hartmann, A. (1992/2009). *En busca del niño en la estructura. Estudio psicoanalítico de la infancia y su patología*. Buenos Aires: Letra Viva.
- Kury, C. (2011). *La identificación. Lo originario y lo primario: una diferencia clínica*. Rosario: Homo Sapiens.
- Lacan, J. (1958/2001). *Seminario N° IV. La relación de objeto*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J. (1958). *Seminario N° IX. La identificación. (EFBA) Inédito*.
- Lacan, J. (1962). *Seminario N° X. La angustia. (EFBA). Inédito*.
- Lacan, J. (1969/2001). *Dos notas sobre el niño*. En *Intervenciones y textos 2* (pp. 55-57). Buenos Aires: Manantial.
- Mannoni, M. (1967/1997). *El niño "su enfermedad" y los Otros*. Buenos Aires: Nueva Visión.

Mannoni, O. (1979). "Ya lo sé, pero aún así...". En La otra escena. Claves de lo Imaginario (pp. 9-27). Buenos Aires: Amorrortu Editores.

Nasio, J. (1998). El libro del dolor y del amor. Barcelona: Gedisa.

Fecha de recepción: 04-06-2012

Fecha de aceptación: 19-12-2012